



---

Review

Reviewed Work(s): Cuaderno de la doble vida by Pedro Lastra

Review by: Hernán Castellano-Girón and Hernán Castellanos-Girón

Source: *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, Año 11, No. 21/22 (1985), pp. 237-238

Published by: Centro de Estudios Literarios "Antonio Cornejo Polar"- CELACP

Stable URL: <https://www.jstor.org/stable/4530218>

Accessed: 25-07-2024 21:18 UTC

---

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact [support@jstor.org](mailto:support@jstor.org).

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at <https://about.jstor.org/terms>



JSTOR

*Centro de Estudios Literarios "Antonio Cornejo Polar"- CELACP is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana**

Lastra, Pedro: *Cuaderno de la doble vida* (Santiago de Chile: Ediciones del Camaleón, 1984).

Este nuevo libro de Pedro Lastra —o metamórfica versión de los otros precedentes— invoca el nombre para nada casual de José Santos González Vera: recordamos que éste solía imprimir en las nuevas ediciones de sus libros la sigla “corregida y disminuía” para referirse a un necesario proceso de clarificación/purificación/decantación de lo literario y su producto tangible. Naturalmente no se trata aquí de sólo el proceso señalado por el viejo maestro de nuestras letras, sino tal vez de otra, mucho más misteriosa y sutil transformación, isomería, tautomería y también taumaturgia, a la cual Lastra nos lleva con su palabra transida de “pasión intransigente por esa vigilancia (de la palabra) que es nuestro aprendizaje sin término”.

Así ha construido sus libros Pedro Lastra, en un trabajo que tiene algo de la propuesta de un nuevo modo de concebir la poesía, que él asume y encarna como un fenómeno —o producto huidobriano— equidistante entre lector y texto. Pedro Lastra, en su propio prólogo a la primera edición de *Noticias del extranjero* nos advierte respecto de ese sentimiento de equidistancia que —a diferencia del concepto fánico de la idea de Todorov sobre la relación lector-texto— describe o se instaura en la vivencia ontológica de “la pasión del poema” cuando su lectura ocurre “en un punto equidistante entre el momento original (la escritura y la voz) y mi propio momento: *Entonces esa palabra es mía: en ella me hago transparente y me veo como nunca me vería si no la conociera*” (subrayado nuestro).

Sólo cuando se ha pasado la barrera del sonido, hacia el abismo interiorizado de lo sonoro, sólo cuando la palabra se ha incinerado a sí misma hasta perder todo menos su fuerza elemental, demoleedora, sólo entonces se puede apreciar y medir la verdadera estatura de la poesía de Pedro Lastra. Ese “aprendizaje sin término” no es un don ni una adquisición cultural gratuita: hay que subirse primero al Tren Fantasma del *Coney Island of Mind*, y viajar en el zarandeado vehículo o *velivolo* —o acaso *plus que lente*, inmóvil, y hasta de movimiento negativo, hacia dimensiones que ni soñó el Capi-

tán Kirk— hacia dentro de un espejo cóncavo y convexo al mismo tiempo, un *black hole* del logos, o el punto donde las entropías se anulan. Es difícil reconocer en estos textos otro espacio literario que esa región más que transparente donde se produce/genera/extingue la decantación del verbo y de esa palabra finalmente “suya”.

Sin embargo, anotamos como un *locus* posible, aquél de las historias infantiles y sus personajes reescritos y refundados por el poeta en ese estado final de la palabra encontrada dentro de las dimensiones del espejo textual; también, ahora, el de la crónica (Alvar Núñez) colonial perseguida con la distancia de la ironía. Un tiempo estudiado con pasión por Pedro Lastra, encuentra aquí su camino a través de la contemporaneidad intemporal del texto “suyo”.

Así, *Cuaderno de la doble vida* nos parece una sorprendente “criatura” en la fenomenología lastriana —el otro, el mismo— partenogenética en lo suyo, propuesta intermedia entre las precedentes, nacidas ya en los años 50 —como apunta Enrique Lihn en el prólogo— y las venideras. Libro caleidoscopio/crisálida/Mandala de escrituras polivalentes, su misma factura nos sugiere esa condición de inflorescencia textual propia de una propuesta no lineal, sino cíclica, o autorreferencial en un proceso lingüístico que tiende menos a la Torre de Babel que a la Isla del Silencio, donde la poesía es la coronación de sí misma a través de un proceso de negación y de paradoja; *Cuaderno de la doble vida* es un libro que se desflora, se abre y exhibe entrañas de palabras y dibujos —las ilustraciones mágicas de Mónica Lihn— a su vez, elementales y simbólicos como signos de tarot. Así en las sucesivas formas del libro (*Noticias del extranjero I y II* y luego en *Cuaderno de la doble vida*) muchos textos desaparecen, la secuencia se reordena, y otros textos nuevos emergen, como brotes de la inflorescencia que a su vez, posiblemente entrarán a la sombra, se sumergirán en el futuro.

Sin posturas pifantes —expresión fuerte, pero feliz, de Waldo Rojas refiriéndose a la actitud estética del gran Montale— Pedro Lastra nos propone más bien o mejor un *poetoscopia* que es más revolucionario que la saga —a veces etérea, a veces etífica, muchas veces sólo biliosa o calcárea— del *po-*

mario tradicional, bendecido en Cátedras y Ateneos donde, ay, no todos se arrastraron como un herido a bala.

Hernán Castellano-Girón

González Vigil, Ricardo (Prólogo, selección y notas). *De Vallejo a nuestros días*, Tomo III de "Poesía peruana: antología general". Lima, Ediciones Eubanco, 1984.

"No están todos los que son". No con esta media frase sino con todo un ensayo, en 1943 don Guillermo de Torre también encontraba que a las antologías lo imperfectible le hace regla y no excepción. Más acá de sus ventajas implícitas están los planteamientos unilaterales, parcializados y a veces contradictorios que las subordinan con la consecuente insatisfacción que nos deja su lectura, tal podría ser el resumen de "El pleito de las antologías" (cfr. *La aventura y el orden*) de este abuelo venerable. En cuanto a la otra mitad de nuestra frase, ésta tiene la poca elegancia del despecho: "y no son todos los que están"; ignoro cuándo se hizo corriente en nuestro medio para apostrofar a este tipo de colectivo literario; en cambio está bastante fresco el momento que sus autores nos advierten de la arbitrariedad de sus preferencias: "como todas, esta es una antología arbitraria"; no más de veinte años.

Toda antología pues suscita el desacuerdo generalizado porque es una selección de la disculpa anticipada que los lectores recogemos a través del prejuicio casi refranero, y de este destino tampoco ha escapado *De Vallejo a nuestros días*.

De entrada ya el título provoca los más espontáneos desacuerdos. Según su autor, Ricardo González Vigil, éste le fue cambiado por el Banco Continental de "Del vanguardismo a nuestros días" por el que ostenta actualmente, pero esta aclaración no es suficiente para respondernos por qué en cualquiera de las dos opciones hay una imprecisión entre el primer poeta de su selección (Vallejo) y la fecha en que sitúa el "comienzo" de nuestra poesía contemporánea (1915): el libro posmodernista

*Heraldos negros* fue publicado en 1918 y el vanguardista *Trilce* en 1922, tres o siete años después de 1915, según el gusto de cada quien. Tal imprecisión no viene sino a ser una muestra de muchas peores que en ningún caso deben explicarse como el riesgo crítico del antologador sino como una apresurada elusión de proponer un nuevo juicio, especialmente cuando constatamos que hay una confusión en el desarrollo del proceso poético nacional a partir de los años 50.

Por ejemplo ¿qué significa la "modernidad" aparte de un traslado mecánico de las hipótesis de Octavio Paz en *Los hijos del limo* y de otros autores entre los que no se encuentra Mariátegui —quien se había referido al mismo concepto en sus *7 ensayos?* Una vaguedad tan notoria como afirmar que el vanguardismo es la culminación del modernismo o que aquél constituye un pálido reflejo comparado con "la experimentación del 60", que no es otra cosa que la aplicación de la poética anglonorteamericana a la nuestra en un proceso de continuidad histórica como veremos más adelante. Por otra parte la periodificación de nuestras "generaciones" corresponde exactamente a la efectuada por Fernández Retamar, Rodríguez Monegal, Adolfo Prieto, Haroldo Campos (cfr. *América Latina en su literatura*) y aun Paz, y nada habría de discutible en ella si no fuera porque para GV se trata de procesos concluidos, excepción hecha de la promoción que habría comenzado en 1975 y con la cual es generoso en la misma proporción que no lo es con el resto (en mi opinión, nada justifica la presencia de tantos "jóvenes" después de Verástegui y de un modo general de por lo menos una treintena).

Más discutible resulta todavía la ambivalencia con que GV dimensiona la importancia de sus predilectos, en principio porque no se pone de acuerdo: o éstos merecen un mayor número de poemas o de páginas o la pomposidad de sus adjetivos ("uno de los más importantes poetas de Latinoamérica en los últimos tres lustros"); segundo porque no hay un criterio sino tres; tercero porque una antología no es un campo feria! en el que se exhiben los productos para la venta según el impacto publicitario que despliega el intermediario.

Y ya que hablamos de números quiero remarcar esa suerte de centralismo de que